

Los menores de edad en las Historias de Heródoto

LUIS GARCÍA IGLESIAS

El historiador de Halicarnaso, en cuya obra voy a rastrear un tema que ahora me interesa particularmente, es un complicado caso de hacer multiforme y, como consecuencia, su obra resulta difícilmente asible por el crítico de hoy y no susceptible de reducción a etiquetas simplistas. Esto explica tantas discusiones en su torno. Heródoto se presenta a sí mismo como investigador del pasado y del presente; de la humanidad en su acontecer, sus hechos, sus fenómenos y su escenario. Del pasado alcanzable, el muy inmediato, y del pasado oscurecido y problemático, el mítico. Del presente cercano, el suyo, el griego, y del presente lejano y exótico de allende el ámbito helénico. Y del paisaje, y de los climas. Todo esto hace de Heródoto una curiosa mezcla de historiador y de etnólogo, con ribetes de geógrafo¹. Además, su condición de, en gran medida, pionero no le permite prodigar y lograr de manera homogénea los procesos críticos que sus informaciones requerían y que, cuando podía y sabía, estaba dispuesto a aplicar²; y le dificulta no poco de cara a la construcción interpretativa, un tanto fuera de su alcance³. Lo que

¹ Sobre esta condición multiforme, véase Ch. W. Fornara, *Herodotus. An interpretative Essay*, Oxford, 1971, pp. 13 ss., refiriéndose fundamentalmente al libro II. Como dice el mismo autor, p. 92, Heródoto vivió en una época en que los géneros literarios estaban sin fijar. No hay por qué defender, pues, como se ha hecho por algunos investigadores, a Heródoto de la acusación de polifacético, variado e impuro historiador. También de interés J. L. Myres, *Herodotus, Father of History*, reimpr. Oxford, 1968, hasta cap. IV.

² A. B. Lloyd, *Herodotus, Book II. Introduction*, Leiden, 1975, p. 139, destaca, como otros autores han hecho, la dificultad que tuvo Heródoto a la hora de recoger y acoplar convenientemente en su relato su rica información. Como dice F. Rodríguez Adrados, «Introducción», en C. Schrader, *Heródoto. Historia I-II*. Madrid, 1977, p. 60, el historiador de Halicarnaso es un hombre que se encuentra todavía «entre dos mundos». El propio Heródoto confesaba no creer en todo lo por él escrito; así en II, 45; II, 73, 3; II, 121e, 1; II, 123, 1; y VII, 152, 1-2; o buscaba explicaciones razonables, como en VIII, 8, 2-3.

³ Para K. H. Waters, *Herodotus on Tyrants and Despots. A Study in Objectivity*, Wiesbaden, 1971, p. 90, nuestro autor es un historiador puro en el sentido de estar más al servicio del hecho que de la teoría; no lo tiene, pues, por historiador de periferia, incompleto.

resulta de aquí es una amalgama de cosas de vario valor, fuente inagotable de datos y de sorpresas, de curiosidades y de inverosimilitudes, que lo mismo puede suponer delicia sin cuento para el lector especialista, como ocasión de incomodo y desánimo; según lo que se busque, según lo que se pretenda. Con razón se ha dicho del autor jonio⁴ que es un hombre de diversas lecturas; pues bien, no todas son igualmente gratificantes.

A este Heródoto de caleidoscopio se le puede tomar el pulso de su múltiple dimensión con sólo preguntarle sobre algo que por su naturaleza no sea necesariamente puntual, ni en tiempo ni en espacio. Es el caso del tema elegido por mí para este trabajo: el de los primeros períodos, los de inmadurez, de la vida del hombre. Preocupado por los aspectos sociales, jurídicos y educacionales de los niños y adolescentes en Grecia, tras hacer una lectura general de nuestro autor, al igual que lo he hecho de bastantes otros, me ha parecido de interés dar forma, en lo que dan de sí, a los datos que Heródoto aporta sobre el particular; integrarlos, referirlos a la propia naturaleza del quehacer herodoteo y extraer alguna que otra conclusión particular⁵.

Debo decir en primer lugar que no es siempre fácil saber cuándo Heródoto se está refiriendo a niños o adolescentes. Es equívoco *παῖδες* o *θυγατέρες*, aplicables en el sentido de hijos e hijas a jóvenes mayores de esa edad que suele marcar el final de la muchachez⁶. Sólo algunas veces resulta posible por contexto definir la superación o no del límite a que me refería; por ejemplo, si los *παῖδες*, hijos, de algún personaje están en edad militar o las *θυγατέρες*, hijas, se encuentran en posibilidad inmediata de contraer matrimonio, y este segundo caso ni siquiera resultaba indicativo, dada la costumbre de un muy temprano matrimonio de la mujer. Pero hay más; *παῖς* con valor absoluto, es decir, sin que haya relación con el padre y, por lo tanto, sin que signifique hijo, es muy fluctuante en griego, pues vale tanto para un niño pequeño como para un muchacho mayor, incluso excluyendo los usos afectivos y familiares⁷. El término *τέκνα* provoca menos problemas, ya que se refiere casi invariablemente a hijos que distan mucho de alcanzar la madurez; *τέκνα* es la palabra utilizada en referencia a los hijos que quedan en retaguardia, junto con las mujeres, porque no pueden todavía participar en la

⁴ Como Halicarnaso era ciudad doria, Heródoto no era jonio de nacimiento. Además el dialecto que utilizaba tampoco era jónico puro; cf. Rodríguez Adrados, «Introducción», p. 64, con bibliografía, a la que se añadirá L. R. Palmer, *The Greek Language*, Londres-Boston, 1980, pp. 142 ss. Tómese la usual referencia con las limitaciones de rigor.

⁵ R. Flacelière, *La vie quotidienne en Grèce au siècle de Périclès*, París, 1959, no utiliza ni un solo elemento herodoteo para su capítulo «Les enfants. L'éducation», y tampoco para los demás en cuanto a los menores se refieren.

⁶ Este uso relativo de *παῖς* es más frecuente que el empleo absoluto; cf. J. E. Powell, *A Lexicon to Herodotus*, 2.ª ed., Hildesheim, 1977, pp. 286-287. El valor de *θυγάτηρ* es siempre relativo, lo que le hace todavía más problemático para nuestro interés.

⁷ *Παῖς* se puede aplicar por un extremo a, por ejemplo, un niño de sobre cinco años, intercambiable pues con *τέκνον* o con *παιδίον* (esa edad tendría Plistarco, *παῖς*, en Hdt., IX, 10, 2), y por las edades altas puede ser incluso equivalente de efebo; cf. K. M. T. Chrimes, *Ancient Sparta. A Reexamination of the Evidence*, reimpr. Westport-Conn. 1971, pp. 93-94 y 96.

lucha⁸. Tampoco hay dificultad en lo tocante a *παιδίον* (ὁ, ἡ), que se refiere siempre a niños de muy corta edad⁹, salvo contexto de servicio. No es caso tomar sistemáticamente como de interés para nuestro tema aquellos pasajes en que aparecen empleados términos como *νεώτατος*, *νεώτερος*, *νεηνίης* o *νεηνίσκος*. Los cuatro obligan a la consideración del contexto. Los dos primeros por su valor general relativo; *νεώτερος* puede hacer referencia a un adulto más joven que otro y *νεώτατος* es susceptible de aplicación al más joven entre adultos. Los dos segundos, debido a su amplitud y a la no fijación de uso. Si tenemos en cuenta que unos *νεηνίσκοι* en Heródoto pueden aparecer en disposición de copular con mujeres¹⁰ o solicitando de un monarca persa que les haga tiranos de una ciudad griega¹¹, es fácil concluir que sería abusiva la defensa de que la palabra en cuestión se refiere invariablemente a muchachos que se encuentran entre los quince y los diecisiete años de edad. La *νεότης* no es nunca en Heródoto la extrema juventud o adolescencia, sino la juventud madura o en edad militar¹². La palabra *μειράκιον* no es herodotea, y *κοῦρος*, *κόρη* y *παρθένος* no son del todo definitorias.

¿Qué es un niño o un muchacho para Heródoto? Veremos en las páginas que siguen cómo, fundamentalmente, alguien que no puede luchar, de quién se puede abusar; alguien que espera su tiempo y que se prepara para él. Pero no sólo cabe atribuirle negatividades de este tipo. Un niño da también para nuestro autor cotas de inteligencia y de superioridad moral que no alcanzan los adultos. Pequeños egipcios, *παῖδες*, nos dice el autor jonio, fueron destinados por Psamético para que aprendieran la lengua griega y acabaran con el tiempo sirviendo de intérpretes oficiales¹³. Es una forma de reconocer —por los egipcios, si es histórico el hecho, que es posible; por Heródoto, que lo destaca— la evidente realidad de que a mayor juventud, mayor facilidad para el aprendizaje de lenguas extranjeras. Otro pasaje del historiador ilustra no menos claramente el reconocimiento de la viveza infantil. Cuando Aristágoras, tirano de Mileto, hizo acto de presencia en Esparta con la intención de conseguir la ayuda lacedemonia contra los persas y, ante la imposibilidad de convencer a Cleómenes, le ofreció más y más dinero para doblegarle, una hija de este monarca, Gorgo, de ocho o nueve años, exclamó con preocupación: «Padre, el extranjero acabará por corromperte, si no te vas». Dice el historiador que a Cleómenes le complació la salida de la

⁸ Así en Hdt., IV, 121. Si he dicho que esto ocurre casi invariablemente, es porque en Hdt., VII, 141, 4, podríamos tener excepción. Se trata de un contexto oracular, ambiguo, que podría permitir la interpretación de *τέκνα γυναικῶν* como refiriéndose a adultos; así es como retuerce el oráculo Temistocles (Hdt., VII, 143, 2) entendiendo que hay alusión a los combatientes persas. Powell, *A Lexicon*, p. 353, no sugiere excepción alguna a la equivalencia de *τέκνον* con nuestro término niño.

⁹ Powell, *A Lexicon*, p. 286.

¹⁰ Hdt., IV, 112 y 113.

¹¹ Hdt., V, 13, 1.

¹² Es lo que tenemos en Hdt., IX, 12, 2.

¹³ Hdt., II, 154, 2.

muchachita (*παιδίον*), indicativa de una inteligencia y una limpieza espontánea que implícitamente el autor reconoce y pondera¹⁴. Y es que en el fondo el de Halicarnaso no es ajeno del todo a la fascinación que la niñez produce, por lo que no extraña que documente en otro lugar el tópico de la superioridad del más pequeño tan testimoniado en la literatura, sobre todo la popular en sus más amplias manifestaciones. Recuérdense las fábulas y cuentos del padre que tenía varios hijos de los que el mejor en todos los sentidos era el de menor edad. En esta línea, documentada desde Homero en la literatura griega¹⁵, Heródoto narra la historia de Pérdicas, descendiente de Témeno, huído con sus dos hermanos mayores a la ciudad de Lebea, donde estaban al servicio del rey. Pérdicas no sólo era el más joven, *νεώτατος*¹⁶, sino que todavía era niño o muchacho; *παῖς* en un contexto en que no puede significar hijo¹⁷. Este jovencito estaba siendo favorecido por prodigios¹⁸ y era de inteligencia indiscutiblemente superior¹⁹. Aunque el episodio es legendario, o precisamente por ello, se puede decir que el autor de Halicarnaso ha hecho suyo el tópico universal de la superioridad infantil; ese tópico que cristaliza para los griegos en la figura, a veces extraña, del héroe niño²⁰.

En la definición herodotea, el adolescente es algo más que lo dicho, aplicable a todos los niveles de las edades inmaduras del hombre. El muchacho crecido es un ser indiferenciado en el sentido de que no han aparecido todavía las características especiales que marcan al adulto. Esto es particularmente detectable en los adolescentes varones²¹, y Heródoto echa mano funcionalmente de este principio definitorio en dos pasajes diferentes; uno de la historia mítica y otro de la historia reciente. Cuando las Amazonas llegaron a territorio escita, los habitantes que en él había pensaron que eran varones en la primera edad (*ἄνδρας τὴν πρώτην ἡλικίην ἔχοντας*, dice el texto griego), sin duda porque no tenían barba²²; primer caso. El segundo lo ofrece

¹⁴ Hdt., V, 51, 1-3; cf. K. J. Dover, *Greek popular Morality in the Time of Plato and Aristotle*, Oxford, 1974, p. 104. Véase la interpretación del episodio en J. Hart, *Herodotus and Greek History*, Londres-Camberra-Nueva York, 1982, p. 130, por la típica dramatización herodotea. Por esta anécdota, así como por otros detalles, se ha considerado a Gorgo como la más probable informante de Heródoto en lo que toca a los acontecimientos de la historia espartana; D. Harvey, «Leonidas the Regicide? Speculations on the Death of Kleomenes I», *Arktouros. Hellenic Studies presented to Bernard M. W. Knox*, Berlin-Nueva York, 1979, pp. 254-255.

¹⁵ Hom., *Iliada*, VII, 152-154.

¹⁶ Hdt., VIII, 137, 2.

¹⁷ Hdt., VIII, 137, 5.

¹⁸ Hdt., VIII, 137, 3.

¹⁹ Hdt., VIII, 138, 1.

²⁰ Sobre el héroe-niño, A. Brelich, *Gli eroi greci. Un problema storico-religioso*, Roma, 1958, pp. 85, 121 y 235.

²¹ Un adolescente tiene cierto aire de doncella. Tema que se puede rastrear en toda la literatura griega. Por ejemplo en Anacreonte, fr. 15 (D. L. Page, *Poetae Melici Graeci*, Oxford, 1962, p. 184, núm. 360): *ὁ παῖ παρθένιον βλέπων*; e invertido — doncella que puede pasar por un muchacho — en el epigrama de Asclepiades, *Antologia Palatina*, XII, 161.

²² Hdt., IV, 111, 1. Sobre las Amazonas, este episodio en concreto, la inversión de papeles que representan y su carácter efébo, véase F. Hartog, *Le miroir d'Herodote. Essai sur la représentation de l'autre*, Paris, 1980, pp. 229 ss.

el episodio en que Alejandro, el hijo del macedonio Amintas, sustituyó por muchachos imberbes armados y en atuendo femenino (*ἄνδρας λειογενεῖους*) a las mujeres macedonias que banquetearon con los embajadores persas para evitar que éstos las violaran²³. Los adolescentes acabaron ejecutando a los persas cuando intentaron propasarse²⁴. En ambos casos tenemos documentado el aprovechamiento del principio teórico, no siempre práctico, de la apariencia femenil de los muchachos. En el segundo caso, si el hecho fuera histórico cual se narra, Heródoto escribiría a pie forzado; pero la historicidad podría ser discutible²⁵. En el primero, correspondiente al pasado mítico, la paternidad herodotea de la imagen parece indudable. Por el contrario, no me atrevería a decir que en la definición de la adolescencia por Heródoto sea esencial y directa la atribución de inquietudes innovadoras e irresponsables, porque, aun dándose el caso de que varias veces utilice expresiones como *νεώτερα πρήγματα πρήξειν*²⁶, o *ποιέειν τι νεώτερον*, o *νεοχμῶσαι*²⁷, con el sentido de innovar y realizar acciones temerarias, cosa propia de jóvenes, la juventud aquí insinuada puede entenderse en su más amplia significación y, por lo tanto, no tiene por qué hacer referencia a la primera o más extrema. No se puede excluir, sin embargo, que para Heródoto un *παῖς* o un *νηνίσκος* de menos de dieciocho años fuera susceptible de ser calificado de impetuoso y de inclinado a todo lo nuevo. Es a la impetuosidad de su juventud (*νεότης*) y a no tener todavía el discernimiento preciso a lo que achaca Jerjes las palabras altamente insultantes proferidas contra Artabano, su tío, por lo que además había sido un buen consejo²⁸. Heródoto no se aparta en esto de la mentalidad griega reflejada por otros autores²⁹.

Ya que estábamos en la definición que nuestro autor hace de las primeras edades de la vida del hombre, es obligado resaltar un pasaje en que no sabría bien si decir que el historiador se manifiesta como simple observador de la vida o como proclive a la ternura. Me refiero a cuando narra los azarosos

²³ Hdt., V, 20, 3. La utilización de *ἄνδρες* no supone que se trate de adultos no barbados, sino que este término marca la condición de varones de los disfrazados. El engaño sólo es viable si se trata de jovencitos barbilampiños. Es la interpretación que veo en H. Stephanus, *Thesaurus Linguae Graecae*, VI, col. 162. Equivalente, pues, al *ἀγένοι* que tenemos en Alcman, fr. 10 b (Page, *Poetae Melici Graeci*, p. 31), aplicado también a adolescentes.

²⁴ Hdt., V, 20, 5.

²⁵ Sin duda esta tradición tiende a reforzar el helenismo macedónico y la actitud pro-griega del príncipe Alejandro, y no carece de problemas. Ultimamente, en brevedad, B. Gallotta, *Dario e l'Occidente prima delle guerre persiane*, Milán, 1980, p. 95.

²⁶ Hdt., V, 19, 2, y VI, 2, 2; en ambos casos las mismas palabras con diferente orden.

²⁷ Hdt., V, 19, 2.

²⁸ Hdt., VII, 13, 2. Jerjes reconoce sus faltas, pero pretende que se las tenga por excusables; cf. J. de Romilly, *La douceur dans la pensée grecque*, Paris, 1979, p. 68. Si aporto el caso es por la referencia de la falta de reposo y de equilibrio como características propias de la juventud, no porque Jerjes fuera un adolescente, que no lo era. Tendría a la sazón sobre treinta y cinco años; cf. W. W. How-J. Wells, *A Commentary on Herodotus*, II, reimpr. Oxford, 1949, p. 131. En Esquilo, *Persas*, 782-783, el espíritu de Dario dice de Jerjes que es joven y por ello innovador y olvidadizo de los consejos paternos.

²⁹ Hom., *Odisea*, XVIII, 228-229; Teognis, 629-630; Demóstenes, *Erótico* (LXI), 17; Dioscórides, en *Antología Palatina*, VII, 410. También el pasaje de Esquilo citado en nota anterior. Cf. Dover, *Greek popular Morality*, pp. 103-105, con ejemplos distintos de éstos.

primeros momentos de la vida de Cípselo, futuro tirano de Corinto. El baquiada Anfión tenía una hija coja, que contrajo matrimonio con Etión, personaje ajeno a la familia de los Baquiadas, contraviniendo, por lo tanto, el principio endogámico de este clan aristocrático exclusivista. Movidos por un oráculo, diez miembros de la familia recibieron la encomienda de eliminar al niño y, tomándolo de la casa de sus padres, se lo llevaron para matarlo. Dice el historiador que la criatura (τὸ παιδίον) sonrió a quien lo había cogido y que éste se compadeció, cosa que ocurrió sucesivamente con todos los demás³⁰. Es la única vez que Heródoto alude a esa conmoción que la alegría de un niño pequeño produce en propios y extraños, tópico más de vida que literario, con serlo también. Cuando nuestro prosista jonio dice que los hijos hacen felices a los padres o sugiere que unen al matrimonio, va por otras edades y por otras formulaciones. Me refiero a la anécdota —aunque apócrifa³¹, indicativa sin duda— de Solón y Cresos, cuando el primero dice al segundo que nadie superó en dicha a Telo, porque tenía hijos hermosos y buenos (παῖδες ἦσαν καλοὶ τε κάγαθοί) y porque murió en batalla³². Resulta obvio que, si Telo se encontraba en edad de luchar, sus hijos fueran o pequeños o muy jóvenes. Y aprovecho para decir que nuestro autor valora en no poco que los hijos sean bellos y buenos. Así destaca en una ocasión entre otras cosas que es una suerte ser εὖπαις, padre de buenos hijos³³, mientras que en otra pondera la belleza de los hijos de Ciro, elogiada por una mujer persa³⁴; refiriéndose a niños, porque el mayor de ellos era Cambises, y de él dice que era παῖς y no todavía ἀνὴρ, y que tenía diez años³⁵. Consecuentemente justifica que la fealdad pueda ser tenida como una desgracia y que los padres se avergüencen de un niño escasamente agraciado³⁶. En cuanto a los hijos contribuyendo a la unión del matrimonio, que es algo documentado en algún otro lugar³⁷, es implícita observación herodotea en la respuesta de

³⁰ Hdt., V, 92y, 3. Todo el episodio en V, 92y-δ. Véase W. K. Lacey, *The Family in Classical Greece*, Londres, 1968, pp. 67 y 262, n. 67. Se trata de un relato popular en parte etiológico; cf. H. W. Parke-D. E. W. Wormell, *The Delphic Oracle*, I, Oxford, 1956, pp. 115-117.

³¹ Lacey, *The Family*, p. 77.

³² Hdt., I, 30, 4-5. Véase H. P. Stahl, «Learning through suffering? Croesus' conversations in the History of Herodotus», *Studies in the Greek Historians. Yale Classical Studies*, XXIV, 1975, p. 5; G. Marasco, *I viaggi nella Grecia antica*, Roma, 1978, pp. 47-49, sobre la más que dudosa historicidad del encuentro, y F. Gschmitzer, *Griechische Sozialgeschichte. Von des mykenischen bis zum Ausgang der klassischen Zeit*. Wiesbaden, 1981, pp. 129-130. Prescindo de introducirme en las honduras de la καλοκάγαθία, escasamente significativas en este paso.

³³ Hdt., I, 32, 6. Cosa difícil, según Isócrates, *Evágoras* (IX), 72.

³⁴ Hdt., III, 3, 1.

³⁵ Hdt., III, 3, 2-3.

³⁶ Hdt., VI, 61, 3-4. Sobre este episodio y el carácter simbólico y religioso de la belleza infantil y adolescente, especialmente en Esparta, cf. C. Calame, *Les choeurs de jeunes filles en Grèce archaïque*, I: *Morphologie, fonction religieuse et sociale*, I, Roma, 1977, pp. 346 y 408-411. Heródoto refleja el tratamiento de la fealdad cual si de enfermedad se tratara y nos presenta este caso como una modalidad de curación por *contactus*; véase L. Gil, *Therapeia. La medicina popular en el mundo clásico*, Madrid, 1969, p. 157.

³⁷ El hijo es símbolo del amor de los padres y de la estabilidad de la unión. Así Astianacte para Héctor y Andrómaca; cf. J. Griffin, *Homer on Life and Death*, Oxford, 1980, pp. 6-7. En Esquilo, *Agamenón*, 878, el hijo es para sus padres —debe ser, mejor; pues habla una Clitemestra engañadora— depositario de la garantía de fe.

Masistes a Jerjes, cuando éste pretende despojar de su mujer al primero, quien se resiste a verse privado de la esposa de la que tiene hijos³⁸.

Pero el niño no sólo se define por lo que es, sino por cómo se le considera. Algún día trataré de los tópicos de consideración junto y frente a los tópicos de comportamiento infantil sobre pasajes de la literatura griega desde Homero hasta los autores helenísticos, de lo que hay gran riqueza de variados y curiosos testimonios. Heródoto, de quien no voy a salir, salvo por esporádica alusión paralela, aporta una cierta gama de tópicos, algunos vistos líneas arriba y otros que aparecerán en las páginas que siguen. Seleccione ahora algunos que me parecen destacables. Primero, el de la madrastra que maltrata a los hijastros pequeños³⁹, como hace la segunda mujer del cretense Etearco con la hija de éste, Frónima, sin duda todavía niña, por referirse el texto a ella como *ἡ παῖς* cuando no puede significar hija, y al darse la circunstancia además de que el padre se casara precisamente para darle otra madre, razón impensable si Frónima fuera ya una joven⁴⁰. Segundo, el de la preferencia del hijo menor sobre los mayores, que parece desprenderse de la respuesta de Histaspes a Ciro, cuando el monarca se queja a aquél de su hijo Darío. Histaspes contesta que entregaría al rey a su hijo menor (*νεώτερος*) si se probara que conspira⁴¹. Como Darío era el mayor (*πρεσβύτατος*) y tenía sobre veinte años⁴², el hijo menor sería adolescente. Es posible interpretar la respuesta del persa como: «Incluso a mi hijo menor te daría...»⁴³, que es tanto como expresar una preferencia por él, lo que es fenómeno en absoluto raro. Un tercer tópico que se me ocurre traer es el de la exclusión de los niños en responsabilidades y actitudes que se tienen por propias de adultos. En el consejo que da Megacleón a los abderitas se les sugiere sentarse ellos y sus mujeres como suplicantes en los templos para impetrar de los dioses la liberación de la amenaza persa⁴⁴; es evidente que no se piensa que tal manifestación sea propia de niños o conveniente para ellos⁴⁵. En la misma línea está el hecho de que se excluya a los menores de una manifestación de

³⁸ Hdt., IX, 111, 3. Los hijos ya no parecen ser niños; los varones eran *παῖδες νεηνία* y las hijas *θυγατέρες*, términos que sugieren una muchachez avanzada.

³⁹ Este tópico aparece convertido en moraleja por Esopo, El hortelano que regaba sus verduras (ed. Hausrath, I, p. 148, núm. 121): *ὄβιο καὶ τῶν παίδων οὐχ ὁμοίως τρέφονται οἱ ὑπὸ μητριᾶς τρεφόμενοι τοῖς μητέρας ἔχουσίν.* La improcedencia de dar una madrastra, en Eurípides, *Alceste*, 305-310.

⁴⁰ Hdt., IV, 154, 2.

⁴¹ Hdt., I, 210, 3.

⁴² Hdt., I, 209, 2.

⁴³ El traductor español C. Schrader, *Heródoto. Historia I-II*, p. 265, soslaya lo que de problema hay en el pasaje con sólo dejar de verter *νεώτερα*.

⁴⁴ Hdt., VII, 120, 1.

⁴⁵ Véase, sin embargo, lo que el decreto de fundación de Cirene dice del juramento original; todos, incluyendo los niños (*παῖδες καὶ παιδίσκαι*), participaron en una tumultuaria manifestación execratoria; véase *Supplementum Epigraphicum Graecum*, IX, núm. 3, líneas 45-46. La inscripción de Cirene tiene reminiscencias herodoteas según R. Meiggs-D. Lewis, *A Selection of Greek Historical Inscriptions to the End of the Fifth Century B.C.*, reimpr. Oxford, 1980, p. 8, si bien los autores británicos no creen que el texto haya sido redactado sobre la presentación de los hechos por el historiador de Halicarnaso. La participación de niños en una manifestación no es, creo, ni puede ser herodotea.

luto público, como la solidaria de Mileto cuando la caída de Sibarís ante Crotona; todos los milesios adultos raparon sus cabezas en señal de duelo⁴⁶. Sin embargo, sí aparecen los niños participando en la peregrinación que se realizaba a Bubastis en honor de la diosa egipcia equivalente a Artemis, es decir, Bastet⁴⁷. Otro tópico es el de los padres volcándose sobre el hijo disminuido; ocurre con Cresos, que tenía un hijo mudo, por quien hizo todo lo que en su mano estuvo, incluida la consulta a Delfos⁴⁸. Uno más es el de la imposibilidad de valerse que tiene un niño pequeño, a quien hay que atender en lo tocante a alimento y demás necesidades⁴⁹. La tutela abusiva sobre menores indefensos no podía estar ausente del abanico tópico de Heródoto, sin duda porque la historia no dejaba de brindarle algún que otro notorio ejemplo. Es el caso de Gelón respecto a los hijos de Hipócrates, tirano de Gela. Muerto éste, quedaron dos hijos menores de edad, Euclides y Cleandro. El pueblo rechazó a los muchachos y Gelón, al menos de palabra, tomó partido por ellos, aunque en realidad no hizo sino despojarles del poder monárquico⁵⁰. El niño y adolescente es, por último, en dimensión de consideración, la persona para la que más penosamente se concibe la posibilidad de daño físico o, más, de muerte. Hay que respetarle, y no hacerlo se tiene por monstruoso. Cuando el daño resulta accidental, queda considerado como no conforme a naturaleza. La castración de muchachos, que era el inmundo negocio del quiense Panionio para venderlos en el mercado persa, es una acción impía hasta el extremo (*ἔργον ἀνοσιώτατον*), porque, una vez castrado, lo que podía ser un hombre se convierte en nada⁵¹. Y el asesinato de un niño repugna, cual le sucede a Hárpago cuando recibe de Astiages la orden de matar a Ciro⁵², y es tenido por el historiador jonio como signo de locura a propósito de la muerte por Cambises del jovencito (*παῖς*), hijo de Prexaspes, que le hacía de copero⁵³; por esta monstruosidad, Cresos echará en cara a Cambises el que haya llegado hasta matar niños⁵⁴. La muerte de niños

⁴⁶ Hdt., VI, 21, 1. Se utiliza el adverbio *ἡβηδόν* para dejar claro que fueron adultos exclusivamente quienes hicieron duelo público; para esta palabra y su sentido, J.-P. Neraudau, *La jeunesse dans la littérature et les institutions de la Rome républicaine*, Paris, 1979, p. 28. Sobre el desastre de Sibarís, su magnitud y el eco que tuvo en el ámbito griego, como a través del caso milesio sugiere Heródoto, véase P. Ducrey, *Le traitement des prisonniers de guerre dans la Grèce antique*, Paris, 1968, pp. 57-59 y 117.

⁴⁷ Hdt., II, 60, 3. Sobre la identificación de las divinidades, Schrader, *Heródoto. Historia I-II*, p. 348, n. 240.

⁴⁸ Hdt., I, 85, 1.

⁴⁹ Hdt., II, 2, 2.

⁵⁰ Hdt., VII, 155, 1. Heródoto presenta los hechos como queda referido. Sobre el acceso al poder de Gelón, G. B. Sunseri, «Aristocrazia e democrazia nella politica di Gelone», *φιλικῆς χάριτι. Miscellanea di Studi Classici in onore di Eugenio Manni*, Roma, 1980, I, pp. 296 ss.

⁵¹ Hdt., VIII, 106, 3. También VIII, 105, 1. La indignación que del personaje víctima hace suya el historiador encaja perfectamente en la que los autores griegos manifiestan en relación a la mutilación sufrida por los eunucos; M. I. Finley, *Economy and Society in ancient Greece*, Londres, 1981, p. 167.

⁵² Hdt., I, 109, 2-3.

⁵³ Hdt., III, 35, 1-5.

⁵⁴ Hdt., III, 36, 1.

y adolescentes es tan antinatural, lo era para Heródoto⁵⁵, que cuando es voluntaria merece el calificativo de crimen abominable (*σχέτλιον ἔργον*)⁵⁶ y cuando ocurre fortuitamente queda interpretada como señal de sucesivas desgracias⁵⁷. Es de esta última manera como se interpreta la doble catástrofe que conocen los quietas en una escuela hundida sobre ciento veinte niños (*παῖδες*) de los que sólo se salvó uno⁵⁸, y en dos coros de adolescentes o jóvenes (*νεηνῖαι*) enviados a Delfos y aniquilados por una epidemia⁵⁹. Por lo demás, cualquier muerte prematura es triste; y Heródoto no lo pierde de vista cuando relaciona los trenos en honor de Lino con una modalidad de himno fúnebre egipcio —única música que conoce el historiador de Halicarnaso— creado a raíz de la desaparición de un malogrado príncipe egipcio de orígenes, Maneros⁶⁰. Particularmente trágica es la muerte de un niño por su propio padre, incluso cuando es casual —es lo que le sucedió al rico Aminocles—⁶¹, aunque en alguna circunstancia se puede presentar como resolución heroica, si la salida saguntina o numantina es la única que cabe en situación desesperada. Esto fue lo que hizo Boges de Eión ante los sitiadores atenienses; cuando vio todo perdido, degolló a sus hijos (*τέκνα*), a su mujer y concubinas para acabar suicidándose⁶². Un juramento obliga por encima de la vida de un niño; el comerciante Temisión, cumpliendo un juramento hecho a Etearco, tuvo que echar al mar a una niña (*ἡ παῖς*), hija de éste, aunque, como el juramento había sido arrancado con engaño, se las arregló luego para sacarla con vida⁶³. Y ahora, una nota inversa. Heródoto nos da un caso de encuentro de padres con el hijo al que daban por muerto; se trata de Ciro niño, sobre diez años, que se había criado como hijo de un boyero y a quien sus verdaderos padres acogen con grandes muestras de afecto⁶⁴.

⁵⁵ Los griegos no podían dejar de ser sensibles a ese orden natural en la muerte del epigrama anónimo de *Antología Palatina*, VII, 228. Aunque no se refiere precisamente a un niño, un epigrama del helenístico Alceo de Mesenia, *Antología Palatina*, VII, 495, califica de lamentable la muerte en la juventud.

⁵⁶ Hdt., VI, 138, 3.

⁵⁷ Poniendo la interpretación ominosa más sobre las circunstancias, S. Bernadete, *Herodotean Inquiries*, La Haya, 1969, pp. 160-161.

⁵⁸ Hdt., VI, 27, 2. Sobre éste y otros presagios referidos por el historiador de Halicarnaso y demás autores, véase R. Lonis, *Guerre et religion en Grèce...*, Besançon-Paris, 1979, pp. 43 ss.

⁵⁹ Hdt., VI, 27, 2. Al citarse cien muchachos en total, se trata evidentemente de dos coros de cincuenta componentes. Cincuenta era el número de coreutas de ditrambo; coros de cincuenta componían las Nereides y las Danaides, respectivamente en *Ifigenia en Aulide* de Eurípides y en *Suplicantes* de Esquilo; tenemos también documentado el coro lírico de cincuenta integrantes. Véase Calame, *Les choeurs de jeunes filles*, I, pp. 54 ss. Los muchachos integrantes de estos coros quietas, *νεηνῖαι*, podían ser menores de dieciocho años, aunque no es descartable que se tratara de coros efébcos; en cualquier caso, coros adolescentes de la clasificación de Calame, I, c., I, pp. 63 ss. Sobre el episodio desde el punto de vista de la enfermedad, véase W. H. S. Jones, *Malaria and Greek History*, Manchester, 1909, p. 44.

⁶⁰ Hdt., II, 79, 2-3; cf. Calame, *Les choeurs de jeunes filles*, I, p. 154. Sobre los trenos en general, con referencia a los de Lino en particular, F. Rodríguez Adrados, *El mundo de la lírica griega antigua*, Madrid, 1981, pp. 104 ss.

⁶¹ Hdt., VII, 190.

⁶² Hdt., VII, 107.

⁶³ Hdt., IV, 154, 3-4. Véase E. Benveniste, *Le vocabulaire des institutions indo-européennes*, 2: *Pouvoir, droit, religion*, Paris, 1969, p. 171.

⁶⁴ Hdt., I, 122, 1.

El episodio de Boges, citado pocas líneas arriba, puede darnos pie para que repasemos las menciones en Heródoto de los menores no combatientes en contexto militar. Debo indicar ante todo que el historiador nos informa de que la edad militar entre los persas estaba por encima de los veinte años; cuando Darío andaba por esa edad, se encontraba en casa, porque no tenía edad para integrarse en el ejército⁶⁵. Parece, sin embargo, que en ocasiones los hijos de un monarca en campaña iban con él, como es el caso de los niños y jóvenes bastardos de Jerjes, enviados a retaguardia al cargo de Artemisia, concubina real, y del fiel eunuco Hermótimo⁶⁶. De la edad militar en las ciudades griegas nada dice nuestro autor, aunque es tema documentado, como es sabido, en otras fuentes. Mencionaré dos pasajes, tangenciales al tema, que se refieren a la responsabilidad militar durante la minoría de quien ocupa cargos que entrañan mando de tropas. Una mujer, viuda del tirano de Halicarnaso, se hizo cargo del mando de los contingentes de dicha ciudad, así como de Cos y otros puntos de la geografía doria minorasiática, que luchaban al lado del persa, y ello porque su hijo era todavía joven para asumir el deber inherente al cargo heredado (*παιδὸς ὑπάρχοντος νεηνίω*)⁶⁷, de donde se desprende que un *νεηνίης* no estaba en edad de combatir. No es muy distinto otro caso, esta vez espartano. Pausanias aparece, tras Salamina, al frente de un ejército lacedemonio, cuyo mando correspondía a Plistarco, el hijo de Leónidas, pero, como todavía era niño (*παιῖς*), tuvo que sustituirle quien, además de ser primo, ejercía sobre él una protección tutelar⁶⁸. A este hijo del héroe de Termópilas le correspondía la realeza como primer nacido tras la ocupación del trono por su padre. Parece, a juzgar por ambos pasajes herodoteos, que la tutoría comportaba en Grecia unas obligaciones subsidiarias o, mejor, sustitutorias.

Quienes no tenían edad para guerrear quedaban en retaguardia con las mujeres. Y tanto en la fáctica mítica como en la histórica se insiste en la idea de que estos familiares que esperan están en el fondo de la guerra y constituyen su razón última; es decir, recibirán el beneficio y el perjuicio, y se lucha por ellos, por su libertad. Es mucha, pues, la responsabilidad del guerrero⁶⁹. Para Heródoto, Helena no estaba en Troya, porque, de haber

⁶⁵ Hdt., I, 209, 2.

⁶⁶ Hdt., VIII, 103-104 y 107, 1.

⁶⁷ Hdt., VII, 99.

⁶⁸ Hdt., IX, 10, 2. Plistarco andaría sobre los cinco años de edad: cf. M. E. White, «Some Agiad Dates: Pausanias and his Sons», *JHS*, 84, 1964, p. 149. Con anterioridad a Pausanias fue regente su padre Cleómbroto por muy poco tiempo; cf. White, l. c., p. 151. Sobre la regencia de Pausanias, en la minoría de Plistarco, véase Fornara, *Herodotus*, pp. 62 ss. Particular cronología en el recentísimo Hart, *Herodotus*, pp. 156-157, con implicación de una excesivamente corta tutoría de Pausanias sobre Plistarco.

⁶⁹ Es un lugar común bien atestiguado. Por ejemplo, Hom. *Iliada*, VIII, 57; *Iliada*, XV, 494-499; *Odisea*, VIII, 524-525; Calino, fr. 1, 6-8 (ed. Adrados, I, p. 112); Tirteo, fr. 6 (ed. Adrados, I, p. 134-135). En Hom., *Iliada*, XXIV, 729-730, Héctor, prototipo del guerrero, es el defensor de mujeres y niños. También el grito de guerra de los griegos en Salamina de Esquilo, *Persas*, 402-405. Cf. V. Ehrenberg, «Freedom-ideal and reality», en *Man, State and Deity. Essays in ancient History*, Londres, 1974, pp. 20-21.

estado, los troyanos la habrían entregado a fin de no asumir los riesgos de una guerra para sus hijos (τὰ τέκνα), sus mujeres y la ciudad⁷⁰; en otro lugar, nuestro autor pone en boca del oráculo de Delfos que el muro inexpugnable que sugiere hacer a los atenienses les aprovechará tanto a ellos como a sus hijos (τέκνα)⁷¹, y un tercer pasaje presenta a Psamético de Egipto intentando contener a los desertores con el argumento de que dejan abandonados a los dioses patrios, a sus hijos (τέκνα) y a sus mujeres⁷². Estos menores pueden verse afectados negativamente por la guerra en sí; por ejemplo, cuando tienen que soportar un asedio, o por las consecuencias, en caso de derrota⁷³. Por una y otra cosa es frecuente encontrar en nuestro autor referencias a esfuerzos de salvamento por evacuación. Es lo que hacen verosíblemente los clerucos atenienses de Eubea ante la indefensión de la isla frente a la presión persa⁷⁴; lo que hacen también, esta vez en seguridad, los delfios amenazados por el mismo coloso asiático, cuando envían a sus hijos (τέκνα) y mujeres a la Acaya⁷⁵, e igualmente los atenienses ante la imposible defensa de su ciudad contra Jerjes, ya que, mediante proclama, logran organizar el salvamento en Salamina⁷⁶. En cuanto al episodio de los hijos (τέκνα) de los Pisistrátidas, evacuados fallidamente, pues los espartanos los interceptarían y negociarían el fin de la tiranía utilizándolos como rehenes, no sabemos si eran muchos o pocos, quizá lo segundo, los niños en cuestión, porque no hay forma de saber si Heródoto hace referencia a la familia de los tiranos en exclusiva o a todo el cuerpo de sus partidarios⁷⁷. En cualquier caso, es lícito sumar esta noticia a las alusiones del historiador jonio a la preocupación que suscitaban los hijos menores en la guerra. Y otra más: Heródoto dice que la paz de treinta años ofrecida por Argos a Esparta estaba calculada para que los niños argivos (παῖδες) se hubieran hecho ya hombres cuando expirara; su preocupación de que pudieran acabar siendo súbditos de los espartanos era tanta, y más tras el desastre de Sepea, que actuaron así en contra del oráculo de Delfos, que les

⁷⁰ Hdt., II, 120, 2.

⁷¹ Hdt., VII, 141, 3.

⁷² Hdt., II, 30, 4.

⁷³ Véase sobre el particular Ducrey, *Le traitement des prisonniers*, pp. 107 ss.

⁷⁴ Hdt., VI, 100, 3. El historiador habla de la evacuación de Eubea por los clerucos atenienses, sin referirse en nada a sus mujeres y sus hijos; pero podemos suponer que hubo traslado de las familias completas, cual sugiere R. G. Vedder, *Ancient Euboea. Studies in the History of a Greek Island from earliest Times to 404 B.C.*, diss. Universidad de Arizona, 1978, p. 200.

⁷⁵ Hdt., VIII, 36, 2.

⁷⁶ Véase Hdt., VIII, 40, 1 (παῖδες); VIII, 41, 1 (τέκνα), y VIII, 60β (τέκνα). Tan trascendental amenaza no podía dejar de llevar su carga de presagios; cf. Lonis, *Guerre et religion*, pp. 46-47, bien explotados por Temistocles para sus planes de afrontamiento. Sobre los problemas de la evacuación, C. Hignett, *Xerxes' Invasion of Greece*, Oxford, 1963, p. 198-199.

⁷⁷ Hdt., V, 65, 1-2. Tampoco lo aclara Arist, *Constitución de Atenas*, 19, 6. En opinión de V. Ehrenberg, *From Solon to Socrates*, 2.ª ed., Londres, 1973, p. 90, se trataba exclusivamente de los hijos de Hipias. H. Berve, *Die Tyrannis bei den Griechen*, Munich, 1967, I, p. 77, habla de «jóvenes pertenecientes a la familia de los Pisistrátidas», concluyendo su interpretación del carácter privado del régimen. Sobre el episodio, F. J. Fernández Nieto, *Los acuerdos bélicos en la antigua Grecia (época arcaica y clásica)*, Santiago de Compostela, 1975, II, pp. 208-209, y Hart, *Herodotus*, p. 57.

había aconsejado lo contrario⁷⁸. Realmente, la suerte que aguardaba a los indefensos menores hijos de los vencidos era bien triste, y ello explica las huidas masivas, como la de los peonios que emigran con sus hijos (*παῖδες*) y sus mujeres buscando protección⁷⁹, o los holocaustos numantinos, como el protagonizado por los de Eión, ya citado, o el de los licios de Janto, que sacrificaron a sus mujeres y a sus hijos (*τέκνα*), temerosos de lo inevitable ante la presión de Hárpagos⁸⁰. El riesgo de acabar en el mercado de esclavos no era en verdad muy remoto⁸¹. Es lo que les ocurrió a los etreos vencidos, capturados y deportados por los persas, según dice nuestro autor⁸².

Así pues, a los niños y muchachos les acechaban los riesgos de la guerra, si ésta se desarrollaba en territorio propio, como en el caso de una ciudad sitiada por ejemplo, y represalias de variada gravedad en el caso de que su ciudad resultara vencida. Un riesgo próximo era el de que los menores cayeran en manos de los enemigos y se les utilizara en calidad de rehenes para negociación desde posiciones de fuerza o para asegurarse fidelidades que de otra forma no existirían. Ya se ha visto, líneas arriba, lo que hicieron los espartanos con los hijos de los Pisisstrátidas. Policrates de Samos retenía como prendas a los niños (*τέκνα*) y mujeres de sus dudosos combatientes para que no desertaran⁸³; y Pisistrato tomó como rehenes a los hijos de sus enemigos políticos y los envió a Naxos en custodia segura⁸⁴. Este duro tratamiento de los niños, no sé si por natural o por destacable, tiene en Heródoto documentación relativamente rica. Esclavización es el castigo que sobrevendría a los hijos (*τέκνα*) y mujeres de los milesios⁸⁵. Darío dio orden de expulsar de su tierra a los peonios y de deportar a Persia a sus mujeres e hijos (*τέκνα*)⁸⁶. La deportación de las doncellas (*παρθέναι*) no debía de ser práctica desconocida, pues con esta medida entre otras amenazan los persas a los jonios sublevados⁸⁷. Para los muchachos se reservaba la castración entre

⁷⁸ Hdt., VII, 149, 1; cf. Fernández Nieto, *Los acuerdos bélicos*, I, p. 64, y J. Kirchberg, *Die Funktion der Orakel im Werke Herodots*, Gotinga, 1965, pp. 96-97. El oráculo (en Hdt., VII, 148, 3) no es genuino, aunque lo pone entre los casi-históricos, para J. Fontenrose, *The Delphic Oracle. Its Responses and Operations*, Berkeley-Los Angeles-Londres, 1978, pp. 315-316. Véase también la discusión de R. Crahay, *La littérature oraculaire chez Hérodote*, Paris, 1956, pp. 321-324.

⁷⁹ Hdt., V, 98, 3. Solución no del todo satisfactoria la del destierro voluntario, si atendemos al tono de Tirteo, fr. 6 (ed. Adrados, I, pp. 134-135).

⁸⁰ Hdt., I, 176, 1. Otro caso de sacrificio colectivo en similar circunstancia nos lo documenta Plutarco, *Moralia*, 244 b-f.

⁸¹ Finley, *Economy and Society*, p. 103.

⁸² Hdt., VI, 101, 3, y VI, 119. Bien es verdad que, sin duda, abandonaron la ciudad muchos habitantes no combatientes; verosímil deducción de Vedder, *Ancient Euboea*, p. 201, sobre la propia continuación herodotea. La costumbre de matar a los combatientes y llevarse a mujeres y niños se nos testimonia desde Homero; así en *Iliada*, IV, 237-239; *Odissea*, XIV, 264-265, y XVII, 433-434.

⁸³ Hdt., III, 45, 4; Lacey, *The Family*, p. 229. A. Lintott, *Violence, Civil Strife and Revolution in the Classical City*, Londres-Camberra, 1981, p. 41, destaca la intrínseca debilidad de los tiranos, Policrates entre ellos, que necesitaban asegurarse la no reacción del ejército en su contra.

⁸⁴ Hdt., I, 64, 1.

⁸⁵ Hdt., VI, 19, 3.

⁸⁶ Hdt., V, 14, 1.

⁸⁷ Hdt., VI, 9, 4. Lo cumplirían, según Hdt., VI, 32, 1.

los lidios y persas o de cara al mercado asiático. Periandro, el tirano de Corinto, mandó a Sardes a trescientos hijos (*παῖδες*) de Corcirenses principales para que los castraran, cosa que no llegaría a producirse por la obstrucción que, compadecidos, acordaron los de Samos instituyendo una fiesta con participación de coros adolescentes⁸⁸. La emasculación de sus hijos (*παῖδες*) es otra de las medidas vindicatorias que aguardaban a los jonios que secundaron a Mileto en contra del monarca Aqueménida; con esta mutilación de los menores varones amenazan los persas⁸⁹, y de hecho la llevaron adelante en las ciudades conquistadas con los muchachos de mejor ver (*παῖδες* en contexto en que no cabe interpretar como hijos)⁹⁰. Entre los persas eran muy estimados y cotizados los jovencitos eunucos, que llegaban a centenas desde diversas regiones⁹¹. No era práctica desconocida tampoco la ejecución de los hijos menores de los enemigos, al menos los de los líderes y personajes significados. Un caso egipcio es el de la venganza en los jóvenes hijos (*παῖδες*) del traidor Fanés, degollados sobre una cratera; los egipcios bebieron su sangre mezclada con vino⁹². Un caso griego es el del hijo de Artactes, lapidado por orden del general Jantipo ante la vista de su padre; y hay que decir que el muchacho, siempre *παῖς*, no sería sino niño o adolescente, pues todo indica que no se encontraba ni en lucha ni, consecuentemente, en edad militar⁹³. Griego es también la lapidación de los hijos (*τέκνα*) de Licides, acusado de traición a Atenas, sin duda a favor del medo⁹⁴. Un caso persa es el de los hijos del sospechoso Intafrenes, ejecutados

⁸⁸ Hdt., III, 48, 2-4. También este episodio en Plutarco, *Moralia*, 859-860; y Nicolás de Damasco, fr. 59 (Jacoby, *Die Fragmente der Griechischen Historiker*, II A, núm. 90, p. 358) y Diógenes Laercio, I, 95. Véase Calame, *Les choeurs de jeunes filles*, I, pp. 185-186, y F. Buffière, *Eros adolescent. La pédérastie dans la Grèce antique*, Paris, 1980, p. 31. Los coros eran mixtos, de *ἡῖθεοι* y *παρθένοι*; sobre esta modalidad, Calame, l.c., pp. 63-64. Considerado este episodio dentro del contexto de las relaciones comerciales corintio-minorasiáticas, en L.-J. Siegel, *Corinthian Trade in the Ninth through Sixth Centuries B.C.*, diss. Universidad de Yale, 1978, I, pp. 174 y 232-233. Para J. Boardman, *The Greek overseas. The early Colonies and Trade*, 2.^a ed., Londres, 1980, p. 101, este envío es un regalo del tirano de Corinto a Lidia; lo mismo A. Snodgrass, *Archaic Greece. The Age of Experiment*, Londres, 1980, p. 133. Sobre la dependencia de Corcira con respecto a Corinto, véase F. Gschnitzer, *Abhängige Orte im griechischen Altertum*, Munich, 1958, pp. 128 ss. Se ha pretendido que los acontecimientos relativos a los adolescentes de Corcira ocurrieron en tiempos de la tiranía, estirando ésta por el comienzo y dándole a Policrates un antecesor, por parte de M. White, «The Duration of the Samian Tyranny», *JHS*, 74, 1954, pp. 37-38. Breve respuesta en T. J. Cadoux, «The Duration of the Samian Tyranny», *JHS*, 76, 1956, pp. 105-106. El episodio tuvo lugar en el período oligárquico y el padre de Policrates no fue, evidentemente, su predecesor en la tiranía; en este último sentido, Berve, *Die Tyrannis*, I, p. 107.

⁸⁹ Hdt., VI, 9, 4.

⁹⁰ Hdt., VI, 32, 1.

⁹¹ Hdt., III, 92, 1, habla de que Darío recibía quinientos de ellos al año procedentes de Mesopotamia. Sobre los castrados entre los persas, Buffière, *Eros adolescent*, pp. 30-32.

⁹² Hdt., III, 11, 2-3.

⁹³ Hdt., IX, 119-120.

⁹⁴ Hdt., IX, 5, 3. El caso recuerda el de Cirsilo, también lapidado por los atenienses debido a su propuesta de claudicar ante los persas; sucumbió con él su mujer, pero no se habla de sus hijos. Testimoniado por Demóstenes, *Sobre la corona* (XVIII), 204. ¿Dos nombres para un mismo personaje? No hay evidencia en ese sentido. Los diversos autores relacionan ambos casos, pero no llegan a la identificación; por ejemplo, Pauly-Wissowa, XIII, 2, col. 2291 (J. Miller), y W. W.

todos, salvo el mayor, por orden de Darío⁹⁵. Otro, también persa, es el de la muerte del jovencísimo hijo de Psamenito, rey de los egipcios⁹⁶; muerte efectivamente aplicada, ya que, aunque Cambises admiró el estoicismo del padre y perdonó al muchacho, la sentencia previa estaba ya ejecutada y la orden de perdón llegó tarde⁹⁷. No dejan de contrastar estas noticias últimas con la, también testimoniada por Heródoto, práctica persa de educar a los hijos de los reyes depuestos para colocarles posteriormente, bien aleccionados, en el trono de los padres⁹⁸; que choca, más que la anterior, con el muy griego tópico de que no es sensato matar al padre sin eliminar a los hijos, principio que nuestro historiador conoce y coloca en una ocasión precisamente sobre boca persa: la de Ciro⁹⁹. Un hijo tiende siempre a vengar a sus progenitores, y el propio Heródoto ofrece dos casos de rencor vengativo, uno de ellos persa; Cambises, siendo niño (*παῖς*) de diez años, se propuso tomar venganza de las humillaciones sufridas por su madre ante una egipcia¹⁰⁰; ni siquiera llega aquí a haber muerte. El otro caso es griego y lo protagoniza el joven Licifrón, no más de diecisiete años, contra Periandro, su padre, al saber que éste había matado a su madre¹⁰¹. En este episodio tenemos la complicación de que es afán de venganza en la familia y por la familia. Periandro no pudo hacer bueno lo de eliminar también al hijo, pues lo era suyo, y no pasó de expulsarlo y hacerle el vacío¹⁰², llegando incluso a compadecerse del muchacho vagabundo¹⁰³ y a no perdonar que los corcirenses le quitarán la vida¹⁰⁴. A pesar de los buenos oficios de su hermana, el joven Licifrón moriría sin conceder el perdón en aras de la transigencia¹⁰⁵. Y, volviendo al tema de la muerte de los hijos muy jóvenes de los enemigos, no me queda sino decir una cosa. A la pregunta de si Heródoto veía con naturalidad la muerte de jóvenes inocentes, no encuentro sino esta respuesta que se desprende de un episodio de historia mítica: Menelao, que despedazó a dos niñitos (*παιδιά*) de los egipcios, cometió

Goodwin, *Demosthenes on the Crown*, reimpr. Nueva York, 1979, p. 144. Sobre las crueldades de este tipo en la ilustrada Atenas, véase E. Vermeule, *Aspects of Death in early Greek Art and Poetry*, Berkeley-Los Angeles-Londres, 1979, p. 96.

⁹⁵ Hdt., III, 119, 7.

⁹⁶ Hdt., III, 14.

⁹⁷ Hdt., III, 15, 1.

⁹⁸ Hdt., III, 15, 2-3. La contradicción habría que cargarla a la cuenta del irregular Cambises, tan proclive a la crueldad como a la característica comprensión aqueménida; cf. Hart, *Herodotus*, pp. 113-114.

⁹⁹ Hdt., I, 155, 1. Véase mi trabajo «*Εκ πατέρων παῖσι*. La idea de unas herencias inmateriales entre los antiguos griegos», de próxima publicación en los volúmenes de homenaje al Prof. F. R. Adrados.

¹⁰⁰ Hdt., III, 3, 3.

¹⁰¹ Hdt., III, 50, 3.

¹⁰² Hdt., III, 51, 2-3; cf. Berve, *Die Tyrannis*, I, pp. 24-25.

¹⁰³ Hdt., III, 52, 3; Waters, *Herodotus*, p. 19.

¹⁰⁴ Hdt., III, 53, 7.

¹⁰⁵ Hdt., III, 53, 4; Romilly, *La douceur*, p. 55. El muchacho prefirió lo justo a lo razonable. F. Rodríguez Adrados, *Ilustración y política en la Grecia clásica*, Madrid, 1966, p. 330, interpreta extremos del pasaje como evidencia de esfuerzos por lograr un nuevo clima de relaciones humanas.

injusticia (fue ἄδικος) y, para el historiador, tomó una resolución impía (πρῆγμα οὐκ ὄσιον) al utilizarlos como víctimas propiciatorias¹⁰⁶.

La venganza en los hijos menores, guerra y situaciones similares aparte, tiene en el historiador de Halicarnaso algún testimonio más; porque el de los hijos de Licides, ya citado, quizá cupiera muy cómodamente en este otro apartado. Me refiero a la venganza sangrienta, sea por mano de hombre o de divinidad. Una cólera divina se abatió sobre Aneristo, el hijo de Esparties, y Nicolao, hijo de Bulis¹⁰⁷, porque sus padres, enviados por Esparta para que Jerjes vengara en ellos la muerte de unos heraldos persas, fueron devueltos por el rey sin daño alguno¹⁰⁸. A veces un castigo así recae, más inconcretamente, sobre la descendencia, como le ocurrió a la posteridad de Cítisoro, hijo de Friso¹⁰⁹, o como dice la Pitia que sobreviene a los descendientes del hombre perjuro¹¹⁰. Venganza inmediata, al margen de eventuales intervenciones divinas, tenemos en el refinado asesinato por Astiages del hijo de Hárpago —descuartizó y cocinó a un pequeño que no pasaba de trece años—, porque el padre había desobedecido la orden de matar a Ciro¹¹¹; y cuando Hárpago hizo traición al monarca, éste le motejó de inicuo, como si el asesinato del muchacho fuera menos iniquidad que la respuesta del padre¹¹². La venganza para el hombre antiguo en general, para un griego en particular, era cosa que, a niveles de ideología tradicional, se movía en el terreno de lo perfectamente aceptable. A este respecto, no me resisto a traer aquí un pasaje herodoteo ya aducido páginas atrás. Panionio había emasculado a Hermótimo y se dedicaba a suministrar muchachos así mutilados a los persas; pues bien, el citado eunuco preguntó al poco escrupuloso traficante qué mal había recibido de él mismo o de sus familiares para que le tratara del modo en que lo había hecho¹¹³. Hermótimo se vengaría en los hijos de Panionio, y su pregunta y su acción posterior parecen justificar la venganza cruenta. Como dice Romilly, «en Heródoto, pese a la tolerancia divertida de que da prueba él mismo, la venganza es la regla general»¹¹⁴.

¹⁰⁶ Hdt., II, 119, 2-3. Escribe Lloyd, *Herodotus*, p. 154: «In II, 119 the criticism of Menelaus and approval of the Egyptian Proteus are quite explicit.»

¹⁰⁷ Hdt., VII, 137, 2.

¹⁰⁸ Hdt., VII, 136-137, 1. Murieron a manos de los atenienses. Hart, *Herodotus*, p. 190, n. 20, habla de justicia cíclica.

¹⁰⁹ Hdt., VII, 197, 3.

¹¹⁰ Hdt., VI, 86 γ, 2. Véase Parke-Wormell, *The Delphic Oracle*, I, pp. 380-382; Benveniste, *Le vocabulaire des institutions*, 2, pp. 170-171; Kirchberg, *Die Funktion der Orakel*, p. 34, y E. A. Havelock, *The Greek Concept of Justice from its Shadow in Homer to its Substance in Plato*, Cambridge Mass.-Londres, 1978, pp. 300-302. Respuesta oracular no genuina para Fontenrose, *The Delphic Oracle*, p. 299; véase también pp. 118-119. El verso que interesa es hesiódico (*Trabajos y días*, 284); sobre él M. L. West, *Hesiod. Works and Days*, Oxford, 1978, p. 228.

¹¹¹ Hdt., I, 119.

¹¹² Hdt., I, 129, 2. Como dice Rodríguez Adrados, *Ilustración y política*, p. 330, juegan aquí dos dimensiones de justicia.

¹¹³ Hdt., VIII, 106, 3.

¹¹⁴ Romilly, *La douceur*, p. 81.

Por algunos ejemplos hasta aquí vistos en páginas anteriores, Heródoto no atribuye muy disímiles esquemas de comportamiento y de mentalidad a las esferas mítica y real. Esto no permite desdeñar las alusiones a los menores que aparezcan en la dimensión del mito¹¹⁵; por lo que significan y reflejan, naturalmente. Además, aunque fueran insignificantes por contenido, aportarían en sí lección sobre una faceta herodotea que es la de intentar una historia del tiempo remontado con los datos disponibles —tradiciones—, que nuestro historiador bien que lamentaba no poder siempre criticar de forma conveniente. Algunas de las referencias de más arriba se mueven en el terreno de lo legendario y tienen este doble valor de significado general y de manifestación de lo que Heródoto es cuando retrocede a tiempos y episodios inalcanzables. Así el caso de Pérdicas el teménida, el de las Amazonas y el de la no estancia de Helena en Troya, vistos más arriba. Pasemos a otros. Encontrar en la dimensión mítica maldiciones dinásticas no extraña en absoluto, y menos si están vinculadas a la casa cadmea. Según Heródoto, a los del clan égida de Esparta los niños no les sobrevivían hasta que levantaron un santuario a las Erinis de Layo y de Edipo, gesto que puso fin a la desgracia hereditaria¹¹⁶. El historiador dice expresamente que los de dicha tribu descendían de Polinices. Otra referencia herodotea a los muchachos (*παῖδες* y *κόραι*) en la dimensión mítica, perpetuada en un rito, es la del corte y deposición de un mechón de pelo como homenaje sobre una tumba¹¹⁷, modalidad dedicatoria bien conocida por paralelos y por un famoso episodio anagnorético en la tragedia esquilea, así como por su significado cual rito iniciático¹¹⁸. El tema lo documenta nuestro historiador en el siguiente episodio. Murieron en Delos unas doncellas de los hiperbóreos allí llegadas y desde entonces tanto las muchachas (*κόραι*) como los adolescentes (*παῖδες*) de la isla se cortan el cabello; éstos para enroscar algunos mechones en un haz de hierba fresca y ellas para hacer otro tanto en torno a un huso. Unos y otras depositaban este homenaje sobre la tumba de las doncellas; es de suponer que una vez en la vida, porque el pasaje herodoteo dice que las chicas lo hacían antes de su boda y ello permite suponer que los muchachos lo efectuaban en el contexto de alguno de los peldaños simbólicos de su ascenso a la juventud¹¹⁹. Esta

¹¹⁵ En el sentido nuestro del término; sólo aplicable por extrapolación a algunos materiales herodoteos, como dice M. Detienne, *L'invention de la mythologie*, Paris, 1981, pp. 99-100.

¹¹⁶ Hdt., IV, 149, 2. Sobre los egidas y la casa cadmea, véase F. Vian, *Les origines de Thèbes. Cadmos et les Spartes*, Paris, 1963, especialmente pp. 61 ss. y 216 ss.

¹¹⁷ Hdt., IV, 34.

¹¹⁸ Es el rito de las doncellas solteras de Trezena en honor a Hipólito; Eurípides, *Hipólito*, 1425-1426. Sobre el ritual referente a Hipólito en Trezena y su interpretación, W. Burkert, *Structure and History in Greek Mythology and Ritual*, Berkeley-Los Angeles-Londres, 1979, pp. 111 ss. Es el rito de Orestes en la tumba de Agamenón, que permite el reconocimiento por Electra; Esquilo, *Coéforos*, 6-7, con alusión a la ofrenda iniciática de adolescencia a Inaco, y 168 ss. Sobre el rito, L. Gernet, *Antropología de la Grecia antigua*, Madrid, 1980, p. 40.

¹¹⁹ Hdt., IV, 34. El mismo episodio en Calimaco, *A Delos*, 296-299. Sobre el particular, Calame, *Les choeurs de jeunes filles*, I, pp. 197 ss., con observaciones e hipótesis generales, que tiende, creo, a llevar el fenómeno de la deposición ritual del cabello para ambos sexos a un período de juventud en exceso avanzado, como es el cercano al matrimonio. El uso de *παῖδες* en

interpretación, que acerca el pasaje a las ceremonias iniciáticas, me da pie para mencionar ahora el tema de la iniciación-prueba testimoniada por el autor jonio en contexto mítico. Hay un lugar en Heródoto en que se hace referencia a los hijos de Heracles llamados Agatirso, Gelonón y Escita, los tres sometidos a prueba cuando llegaron a la edad en que el muchacho se hace ya hombre (...γενομένους τοὺς παῖδας ἀνδρωθῆναι..., se podía interpretar en ese sentido)¹²⁰; sólo el tercero de los jóvenes (νεώτατος) pudo superar la prueba iniciatoria¹²¹, lo que inmediatamente hace recordar el tópico de la superioridad del menor aludido más arriba mediante algún otro ejemplo herodoteo. Es evidente que nuestro autor atribuye a la nebulosa del pasado instituciones más o menos vigentes, y ésta de la prueba iniciática es una de ellas. Como atribuye también procedimientos de derecho histórico. Dentro de la historia mítica de Esparta tenemos una referencia paladina a la tutoría ejercida sobre menores de edad. Un personaje llamado Teras, tío materno de Euristenes y Procles, los hijos del rey Aristodemo, desempeñó la regencia del trono espartano durante la minoría de los muchachos (παῖδες νήπιοι) hasta que crecieron y pudieron asumir por ellos mismos el poder¹²². Menos extrañan las alusiones costumbristas o de vida diaria. Traigo a colación dos, referentes ambas al pueblo ancestral de los pelagos en difícil relación con el pueblo ateniense. Heródoto recoge la anécdota de que antiguamente los jóvenes atenienses iban a la fuente, porque todavía no se disponía de esclavos. Era este menester tanto de muchachos como de doncellas, si es que no hay que admitir la seclusión que de *τε καὶ τοὺς παῖδας* aceptan frecuentemente los editores y que a mi juicio no es estrictamente necesaria¹²³. Los pelagos acostumbraban a ultrajar a las jóvenes aguaderas. El otro caso es el de las mujeres atenienses raptadas por los pelagos. A medida que iban teniendo hijos de sus sojuzgadores, enseñaban la lengua ática y las costumbres atenienses a los pequeños y les educaban en una mentalidad de superioridad y desprecio con respecto a los niños pelagos. Asustados por lo que pudieran hacer estos retoños cuando fueran mayores, los pelagos tomaron el acuerdo

vez de *νεηνία* o de *κοῦροι* aconseja para los varones la referencia a una juventud más extrema. Además, el paso citado de Calimaco sugiere que lo depuesto por los muchachos era la pelusa de la más temprana barba: *θέρος τὸ πρῶτον λούλων* (verso 298). Nada indica que la *προθυσία* prematrimonial de Plutarco, *Aristides*, 20, consista en corte y ofrenda de cabello. Al menos para los varones, la ofrenda de mechones de pelo era un rito de adolescencia y propio de adolescentes. Es clara la referencia del mismo Plutarco, *Teseo*, 5. Sobre el *κουρεῖον* y dedicación del cabello, véase F. T. van Straten, «Gifts for the Gods», en H. S. Versnel (ed.), *Faith, Hope and Worship. Aspects of religious Mentality in the ancient World*, Leiden, 1981, pp. 89-90. Un intento de penetrar en el trasfondo de la leyenda hiperbórea y en su razón última es el de J. Tréheux, «La réalité historique des offrandes Hyperboréennes», *Studies presented to D. M. Robinson*, II, Washington-San Luis, 1953, pp. 758 ss., aunque este trabajo no se refiere al rito que aquí interesa. Véase también Bernadete, *Herodotean Inquires*, pp. 108-109.

¹²⁰ Hdt., IV, 10, 1-2; el texto acotado, en 1.

¹²¹ El muchacho sería el ancestro de los escitas, a los que daría nombre. Véase Hartog, *Le miroir d'Herodote*, p. 41.

¹²² Hdt., IV, 147, 2. Benveniste, *Le vocabulaire des institutions*, 1: *Economie, parenté, société*, pp. 232-233, quien destaca un carácter matrilineal de atávico indoeuropeísmo.

¹²³ Hdt., VI, 137, 3. La mención de la *Enneácronos* es anacrónica.

de darles muerte¹²⁴. No hace falta ponderar cuán discutible es la historicidad de este episodio¹²⁵.

El Heródoto del mito hecho historia, o del mito montado y relatado como si de historia se tratara, deja ahora paso al Heródoto etnógrafo. Su preocupación por los pueblos bárbaros le lleva a descripciones minuciosas de costumbres, especialmente cuando son chocantes para el griego, que tal vez respondan en lo fundamental a lo que la realidad fuera. No podían faltar en este terreno las referencias a los niños y adolescentes en lo que eran y cómo se les trataba en aquellos pueblos exóticos. Dada la variedad de los temas, efectuaré la enumeración siguiendo el orden del propio historiador. Empiezo por los persas, pues. Ya ha quedado dicho que gustaban de los adolescentes castrados. Heródoto dice que los persas tomaron de los griegos la inclinación a las relaciones sexuales con muchachos (*παῖδες*)¹²⁶. Otras cosas que el historiador destaca son el número de hijos y el tipo de educación, ambas realidades tal vez explicables por la alta mortalidad infantil que Heródoto relaciona claramente con lo segundo¹²⁷. Entre los persas se consideraba muy especialmente a los padres que tenían muchos hijos, de tal manera que existían como unos premios de natalidad, pues no de otra forma hay que entender la alusión a los regalos que el rey concedía a los prolíficos¹²⁸. Respecto a la educación, los niños y muchachos recibían enseñanza desde los cinco años hasta entrada la juventud; aprendían a cabalgar, a disparar el arco y a decir la verdad. En cuanto a los años anteriores a los cinco de edad, los niños los pasaban en el gineceo y lejos del trato con el padre para evitar a éste disgusto si acaso la criatura no sobreviviera¹²⁹. De este último detalle deduje la alta mortalidad infantil aducida líneas arriba. La educación de los niños persas, varones, estaba pues encaminada a lo contrario de lo que aconseja Creso a Ciro; que favorezca la enseñanza de la música y el comercio a los hijos para hacer de ellos mujeres en vez de hombres proclives a la sublevación¹³⁰. ¿Los refinados griegos de Jonia parecían mujeres a los persas?

¹²⁴ Hdt., VI, 138, 2-3.

¹²⁵ Para Schrader, *Heródoto. Historia V-VI*, Madrid, 1981, p. 414, n. 704, es una invención para justificar el dominio ateniense sobre Lemnos.

¹²⁶ Hdt., I, 135. Sobre esto también Jenofonte, *Ciropeia*, II, 2, 28. Véase últimamente K. J. Dover, *Greek Homosexuality*, Londres, 1978, p. 201, y Buffière, *Eros adolescent*, pp. 29-30. Este contacto de los persas con manifestaciones de la vida blanda y placentera se produjo a raíz de la conquista de Lidia; siendo los lidios, no tanto los griegos, quienes actuaron en calidad de impulsores, en opinión de Boardman, *The Greeks overseas*, p. 102. ¿Tal vez Heródoto se deja llevar aquí por el juicio que tenía de los jonios? Véase más abajo, n. 131. Plutarco, *Moralia*, 857 c, rechaza la observación herodotea cargándola a la *κακοήθεια* del autor de Halicarnaso y a su condición de *φιλοβάρβαρος*, y dice que el gusto persa por los muchachos castrados es anterior al momento en que los griegos pudieron ver el mar.

¹²⁷ Hdt., I, 136, 2.

¹²⁸ Hdt., I, 136, 1.

¹²⁹ Hdt., I, 136, 2; cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks*, Londres, 1962, p. 78. Implícitamente el historiador considera la costumbre de segregación de los infantes como extraña a los griegos; sobre lo que Lacey, *The Family*, p. 218, y Bernadete, *Herodotean Inquiries*, p. 72.

¹³⁰ Hdt., I, 155, 4. Niños educados así no serían guerreros. Ya Homero asoció la no belicosidad a traición a lo masculino; v. c., *Ilíada*, II, 235.

¿O tal vez al propio Heródoto¹³¹? En cuanto al trato y educación destinados a las niñas persas, nada dice nuestro autor. Seguirían entre las mujeres y aprenderían las labores y menesteres tenidos por femeninos. No se descarta que conocieran una cierta iniciación a la vida social, contra lo que ocurría en Grecia, si tenemos en cuenta lo que refleja el historiador de contraste entre las mujeres persas y griegas —digamos griegas, aunque en realidad hace referencia exclusiva a las macedónicas— a propósito de la embajada enviada por el Rey a Amintas de Macedonia¹³².

De los caunios, que tienen, según Heródoto, costumbres muy diferentes a las de los demás pueblos, llama la atención a nuestro autor que los niños (*παῖδες*) se reúnan en grupos de edad y de amistad para beber, al igual que los hombres y las mujeres¹³³. Nada particular dice de los licios, salvo la referencia a la transmisión matrilineal de la nobleza, de tal manera que un niño nacido de esclavo y mujer noble sería noble, mientras que el nacido de hombre noble y de extranjera sería tenido por infame¹³⁴, es de suponer que con las consiguientes secuelas en cuanto a trato y educación. La circuncisión de los recién nacidos es costumbre que Heródoto conoce entre los fenicios y los sirios¹³⁵, aunque afirma que estas gentes han tomado la costumbre de los egipcios, quienes, junto a los colcos y los etíopes, eran los únicos que tenían desde siempre la tradición de mutilar sus prepucios¹³⁶. Añade el historiador que los fenicios que se relacionaban con griegos ya no circuncidaban los genitales de sus hijos varones¹³⁷. Llamativa es la costumbre de los maclíes y auseos en lo tocante a sus hijos; como vivían en promiscuidad, no casándose, dice Heródoto, sino emparejándose como las bestias, cuando nacía un hijo fuerte, aquellos hombres que pretendían ser su padre se reunían a los dos meses del nacimiento y recibía la adjudicación del niño aquel con quien éste tuviera parecido¹³⁸. Es evidente que al autor le extraña el procedimiento y

¹³¹ Hay razones para pensar en un cierto desprecio de los jonios por parte de nuestro historiador; véase C. J. Emllyn-Jones, *The Ionians and Hellenism...*, Londres-Boston-Henley, 1980, pp. 169-170. Hart, *Herodotus*, pp. 181-182, dedica breve apéndice a la cuestión.

¹³² Hdt., V, 18, 2-3.

¹³³ Hdt., I, 172, 1. Seguramente extrañaba más a un griego el tipo de reunión que el hecho de que los niños bebieran vino. El vino figura en la dieta infantil desde Homero; así en *Iliada*, IX, 490-491, y *Odisea*, XVI, 443-444. En la fábula de Esopo, *El niño que vomitó las entrañas* (ed. Hausrath, I, p. 64-65, núm. 47), aparece un niño harto de vísceras de buey y de vino; se achaca la culpa del malestar que experimenta a las vísceras, no al vino.

¹³⁴ Hdt., I, 173, 5. Sobre el matriarcado como inversión de lo griego, P. Vidal-Naquet, «Eslavaje et gynécocratie dans la tradition, le mythe, l'utopie», *Le chasseur noir. Formes de pensée et formes de société dans le monde grec*, París, 1981, p. 272.

¹³⁵ Hdt., II, 104, 3. El texto se refiere expresamente a sirios de Palestina, lo que debe entenderse como alusión a los israelitas. Véase M. Stern, *Greek and Latin Authors on Jews and Judaism*, I: *From Herodotus to Plutarch*, Jerusalén, 1974, p. 3, con bibliografía anterior.

¹³⁶ Hdt., II, 104, 2. Comentario en Stern, *Greek and Latin Authors*, I, pp. 2-4. La circuncisión de los niños egipcios se cita también en Hdt., II, 36, 3, y 37, 2. La vinculación de la práctica de la circuncisión en origen a los egipcios choca con la tradición fenicia representada por Filón de Biblos, fr. 2, 33 (Jacoby, *Die Fragmente der Griechischen Historiker*, III, C, núm. 890, p. 812); cf. L. Troiani, *L'opera storiografica di Filone da Byblos*, Pisa, 1974, pp. 182 ss.

¹³⁷ Hdt., II, 104, 4.

¹³⁸ Hdt., IV, 180, 5-6. Sobre la promiscuidad en Heródoto, su interpretación antropológica y sus límites, V. Andó, «La comunanza delle donne in Erodoto», *φιλίας χάριν. Miscellanea E. Manni*, I, pp. 87 ss.; esta noticia herodotea en p. 97.

que lo critica sin paliativos. Los nómadas libios tienen respecto a los niños otra costumbre singular; a los cuatro años les cauterizaban la cabeza bajo pretexto de higiene preventiva que Heródoto no llega a discutir claramente, pese a su indudable discutibilidad para el lector de hoy¹³⁹; y en caso de problemas, les salpicaban con orina de macho cabrío¹⁴⁰. Respecto a sus doncellas, celebraban fiestas en honor de una divinidad célibe y guerrera, equiparable a Atenea, con luchas de cierta dureza que constituían una especie de ordalía certificadora de su virginidad real¹⁴¹. No hay posibilidad de fijar cuáles eran las edades de más frecuente representación en estos ritos, si bien podríamos dar por buena la hipótesis de una muy marcada juventud¹⁴². Un pueblo tracio, los llamados trausos, acostumbraban celebrar, al producirse un nacimiento, curiosa reunión familiar en la que, alrededor del recién nacido, lamentaban en larga enumeración la serie de padecimientos que la vida reservaba; práctica esta que, según nuestro autor, los demás tracios no conocían¹⁴³. Completo el repaso etnográfico en Heródoto tocante a las edades prejuveniles de la vida humana con dos noticias más relativas a los tracios. La primera es que a sus hijos (τέκνα) les sacaban a la venta en comercio exterior, mientras que a sus doncellas (παρθέναι) permitían la libertad absoluta de mantener relaciones con hombres a capricho¹⁴⁴. La segunda se refiere a los tracios que habitaban junto al Pangeo en cabañas palafíticas; ataban del pie con esparto a sus pequeños (νήπια παιδία) para evitar que pudieran caer al agua¹⁴⁵.

Las alusiones herodoteas a los niños en la vida griega son hasta cierto punto numerosas. Comienzo por lo que de Esparta se dice, que no es precisamente nada que toque directamente con los peculiares métodos educativos ni con las clases de edad preadultas¹⁴⁶. Lo primero que vemos es que al monarca muerto le sucedía en el trono el primogénito de los vástagos reales tras la accesión¹⁴⁷; y aunque Heródoto no lo dice, se desprende de aquí una proclividad del sistema a proporcionar reyes en minoría de edad, lo que no hubiera ocurrido de ser heredero el primer nacido absoluto. Recuerdese el

¹³⁹ Hdt., IV, 187, 2.

¹⁴⁰ Hdt., IV, 187, 3. Sobre esta aspersión, entendida como libación ritual, Benveniste, *Le vocabulaire des institutions*, 2, p. 213.

¹⁴¹ Hdt., IV, 180, 1-2. Considérese este episodio a la luz —antropológica— de lo que dice Lonis, *Guerre et religion*, pp. 200 ss., especialmente 206-209.

¹⁴² Calame, *Les choeurs de jeunes filles*, I, p. 222, n. 97, destacando el carácter «adolescente» de la celebración.

¹⁴³ Hdt., V, 4, 2.

¹⁴⁴ Hdt., V, 6, 1. Para el primer punto, Finley, *Economy and Society*, cit., pp. 103 y 170. Contrasta la costumbre de vender a los hijos varones con lo que éstos significaban para los griegos; recuerdese Posidipo, fr. 11 Edmonds (Estobeo, ed. Hense, IV, XXIV, 40).

¹⁴⁵ Hdt., V, 16, 3.

¹⁴⁶ Aunque es a propósito de un pasaje herodoteo en que se cita a los irenes lacedemonios (IX, 85, 1-2), donde se inserta el conocido escolio que nos informa de los nombres que recibían los niños y muchachos de Esparta según su edad. Sobre estas denominaciones, véase H.-I. Marrou, «Les Classes d'âge de la jeunesse spartiate», *REA*, 48, 1946, pp. 221 ss. Original y muy insegura interpretación en A. Brelich, *Paidés e parthenoi*, Roma, 1969, pp. 117-118.

¹⁴⁷ Hdt., VII, 3, 2-3. Así lo dice el espartano Demarato a Jerjes. Este principio se aplicaría a la sucesión de Darío por el otro monarca persa citado; Hdt., VII, 3, 4.

caso del hijo de Leónidas, que necesitó tutoría sustitutiva¹⁴⁸. Lo segundo es la importancia que se daba al hecho de que un rey pudiera morir sin descendencia. Esto se ve en el episodio en que los éforos indican a Anaxándridas la conveniencia de repudiar a su mujer por no darle hijos¹⁴⁹. Añade el historiador que el rey se negó por cariño a su mujer y porque la bigamia no era cosa usual en Esparta¹⁵⁰. Señala también Heródoto una práctica de cortesía reverenciosa de los espartanos con paralelo entre los egipcios; la de que los más jóvenes (*νεώτεροι*) cedían paso y asiento a los mayores¹⁵¹, reconocimiento de una jerarquización en función de edades que se compagina muy bien con la exaltación de la *ἀνδρεία* y el espíritu paramilitar de la educación espartana, tan peculiar, y tan curiosamente preterida por el autor jonio¹⁵². Quiero mencionar también una referencia herodotea que no deja de extrañar. Contrariamente a lo que se haría ahora y se ha hecho siempre, exponer preferentemente a hombres sin hijos y sin nada que perder al peligro de un combate sin salida, los espartanos hicieron en Termópilas lo contrario. Leónidas eligió a trescientos hombres bien establecidos y con hijos para la resistencia hasta el final¹⁵³. Por varias razones previsibles; porque los espartanos no tenían que cuidar directamente a sus hijos; porque al haber tenido descendencia era ya hombres cumplidos; porque dejaban tras de sí a quienes heredaran los *kleroi*¹⁵⁴ y transmitieran las tradiciones patrias, y porque tal vez su condición de progenitores les llevara a resistir con más denuedo¹⁵⁵. Por último, aludo a una mención de las Gimnopedias espartanas, celebración anual en la que muchachos desnudos bailaban en coro como recordatorio de los muertos cuando la disputa por Tirea¹⁵⁶. Nada especial dice Heródoto sobre esta fiesta, sino que se limita a la simple mención a propósito del derrocamiento de Demarato y su consiguiente humillación¹⁵⁷; sin duda pensaba que sus lectores no precisaban de ningún tipo de pormenores aclaratorios.

¹⁴⁸ Visto más arriba. Referencia en n. 68. Lo señalado de una tendencia a que hubiera reyes en minoría no deja de ser una seria dificultad institucional. Más, teniendo en cuenta que la realeza espartana era fundamentalmente un generalato hereditario, como viene a decir P. A. Brunt, «Spartan Policy and Strategy in the Archidamian War». *Phoenix*, 19, 1965, pp. 278-280. Un muchacho, si no está en condiciones de algo, es de comandar un ejército en campaña. Estaba prevista la regencia por el varón mayor de edad próximo en la sucesión al trono; cf. H. Michell, *Sparta*, Cambridge, 1964, p. 104.

¹⁴⁹ Hdt., V, 39, 2.

¹⁵⁰ Hdt., V, 40; cf. Lacey, *The Family*, pp. 198-199.

¹⁵¹ Hdt., II, 80, 1.

¹⁵² Por más que, como dice Lloyd, *Herodotus*, p. 154, hay una clara aprobación en el historiador de estas manifestaciones de respeto hacia los mayores.

¹⁵³ Hdt., VII, 205, 2.

¹⁵⁴ Lacey, *The Family*, pp. 201-202.

¹⁵⁵ Véase más arriba, en n. 69, referencia a textos en que queda clara la relación entre la defensa del hijo y el valor del guerrero. Sobre la mujer y los hijos apuntalando el patriotismo de un soldado, véase Lacey, *The Family*, pp. 77-78. Se trata de patriotismo negativo para O. Murray, *Grecia antigua*, Madrid, 1981, p. 127.

¹⁵⁶ Es escasa la claridad de los datos que aportan las fuentes, a veces contradictorias. Véase Brelich, *Paidés*, pp. 139-141.

¹⁵⁷ Hdt., VI, 67, 1.

Por lo demás, las noticias que en torno a las primeras edades se le escapan a Heródoto cuando habla de griegos se mueven en el más variado ámbito de la vida de todos los días. Sean referencias a la educación de los niños y al aprendizaje de los oficios, o a circunstancias como la orfandad o el exilio del padre, o a algunas otras realidades de lo cotidiano. El autor de las *Historias* cita la figura del pedagogo, en concreto el de los hijos de Temístocles, a propósito de la treta que daría la victoria a los griegos en Salamina¹⁵⁸. En otro lugar habla de una escuela en Quios en la que ciento veinte niños (*παῖδες*) aprendían las primeras letras¹⁵⁹ y que se vino abajo, como ya recordé páginas atrás; uno de los varios testimonios existentes, y muy antiguo, en relación con el funcionamiento de escuelas en la Grecia clásica¹⁶⁰. Heródoto no deja tampoco de brindar referencias a la educación en la familia, como la de Escilas, instruido en letras y costumbres griegas por su madre, una ateniense¹⁶¹, y la de los niños pelargos hijos de mujeres atenienses ya referida, en contexto mítico¹⁶². La herencia del oficio familiar en aprendizaje juvenil es algo que nuestro autor comenta estableciendo un paralelo en este sentido entre Esparta y Egipto¹⁶³. Los hijos de heraldos serán heraldos, los de flautistas, flautistas, y los de cocineros, cocineros; prescindiendo de las cualidades. Señalo a este respecto que la tendencia a la hereditariadad laboral no debía de ser exclusiva de Esparta¹⁶⁴; más, es aquí en la ciudad laconia donde menos lógica resulta la transmisión del oficio de padres a hijos por la escasa convivencia familiar que permitían los procedimientos de la educación pública; salvo que este fenómeno se notara de manera especial en el sector perieco de la población. Otra noticia curiosa dentro del nivel familiar es la que nos presenta a Milcíades, siendo niño y adolescente, viviendo en Atenas con su padre Cimón, mientras que el hermano mayor vivía con un tío, Milcíades el viejo, en el Quersoneso¹⁶⁵. Milcíades andaría por entre los quince y los diecisiete años cuando murió su

¹⁵⁸ Hdt., VIII, 75, 1. Sobre la actuación de este personaje, llamado Sicino, véase Ch. G. Starr, *Political Intelligence in Classical Greece*, Leiden, 1974, pp. 15-16, con alusión al resto de las fuentes, y manifestándose claramente por la historicidad del episodio, saliendo al paso de reticencias, R. J. Lenardon, *The Saga of Themistocles*, Londres, 1978, pp. 75 y 82-83, así como F. J. Frost, *Plutarch's «Themistocles». A historical Commentary*, Princeton, 1980, pp. 144-145.

¹⁵⁹ Hdt., VI, 27, 2; cf. Ch. Pietri, «Les origines de la pédagogie. Grèce et Rome», en G. Mialaret-J. Vial, *Histoire mondiale de l'éducation*, I, Paris, 1981, p. 151. No extraña la documentación tan temprana en Quios de esta novedad pedagógica si se tiene en cuenta la importancia demográfica de la isla; cf. observaciones de C. Roebuck, *Ionian Trade and Colonization*, Nueva York, 1959, pp. 22-23, quien calcula una población de en torno a los 96.000 ciudadanos, sin contar esclavos. Sobre la vitalidad en todos los órdenes de la sociedad quiota, véase J. Boardman, *Excavations in Chios, 1952-1955. Greek Emporio*, Atenas-Oxford, 1967, especialmente conclusiones, pp. 249 ss.

¹⁶⁰ No existían escuelas antes del siglo vi; véase H.-I. Marrou, *Histoire de l'éducation dans l'antiquité*, 7.ª ed., Paris, 1965, pp. 78-80.

¹⁶¹ Hdt., IV, 78, 1.

¹⁶² Hdt., VI, 132, 2-3.

¹⁶³ Hdt., VI, 60.

¹⁶⁴ Recuérdese la festiva alusión a la herencia del oficio en boca de un sicofanta ateniense; Aristófanes, *Aves*, 1451-1456.

¹⁶⁵ Hdt., VI, 103, 4.

padre, y se desprende del texto herodoteo que fue acogido también por su tío, porque del Quersoneso vuelve para encargarse de la estrategia a la que se le había designado¹⁶⁶. La estancia de Esteságoras, el hermano, en la casa del tío no era ocasional, pues dice el historiador que se criaba allí (*τρεφόμενος*, trae el texto griego)¹⁶⁷; esto documenta como no inusual la práctica de que vivieran establemente los hijos menores en casa de cercanos familiares; y, en cuanto a la orfandad en menor edad de ambos hermanos, se desprende que un pariente cercano se hace cargo de la responsabilidad de los muchachos que pierden a sus padres. De la madre de los hermanos nada dice el historiador de Halicarnaso. Por último, encuentro en nuestro autor una alusión a la minoría en orfandad bajo gobierno y administración de esclavos, que es lo que ocurre en Argos cuando las guerras con Cleómenes de Esparta; hasta tal punto quedó privada la ciudad de varones adultos por un enfrentamiento sin cuartel y un riguroso trato de los vencidos¹⁶⁸. Según la presentación herodotea de los hechos, la actuación de los esclavos fue abusiva y los hijos de los ciudadanos muertos, una vez que superaron la muchachez, recobraron el control de la ciudad mediante actuación por fuerza.

Cierro la colección de referencias con tres textos que respectan a la fisiología de la gestación, del nacimiento y de los primeros meses de la vida del niño. Los dos primeros en contexto espartano. Uno toca a la cuestión de la primogenitura en el caso de gemelos y otro alude a la paternidad de un niño calculando los meses de embarazo. En relación con lo primero, la mujer del rey espartano Aristodemo tuvo gemelos y se planteó el problema de la sucesión. La madre decía no distinguir a quien nació primero, aunque lo sabía, pretendiendo que se les reconociera la realeza a los dos. Los espartanos, tras consultar en Delfos y someter a vigilancia a la madre, descubrieron cuál de los dos había nacido antes y sólo éste fue criado públicamente desde su tierna edad¹⁶⁹. Queda claro que para los griegos, en el caso de gemelos, el primogénito era el alumbrado en primer lugar; no distinguiéndose entre concepción, gestación y nacimiento al referido efecto. El otro caso es el de Aristón, quien, casado en segundas nupcias, supo que Demarato, el que pasaba por su hijo y le sucedería en la realeza espartana, no era suyo sino del anterior marido de su mujer; hizo el cálculo contando los

¹⁶⁶ Hdt., VI, 104, 1. Si no era más joven todavía, cual podría deducirse del vaso del Ashmolean Museum de J. Beazley, *Corpus Vasorum Antiquorum. Oxford I*, Oxford, 1927, p. 2, núm. 5. No sigo la cronología, creo que imposible, de H. T. Wade-Gery, «Miltiades», *Essays in Greek History*, Oxford, 1958, pp. 155-156.

¹⁶⁷ Hdt., VI, 103, 4.

¹⁶⁸ Hdt., VI, 83, 1. Se trata de la batalla de Sepea y sus secuelas. Sobre los problemas de este episodio tal como Heródoto lo presenta, véase Gschnitzer, *Abhängige Orte*, pp. 74-77; R. F. Willetts, «The servile Interregnum at Argos», *Hermes*, 87, 1959, pp. 495 ss.; Ducrey, *Le traitement des prisonniers*, pp. 59-60; Lacey, *The Family*, pp. 223 y 329, n. 38; y R. A. Tomlinson, *Argos and the Argolid. From the End of the Bronze Age to the Roman Occupation*, Londres, 1972, pp. 97-100. Se tiende a pensar que más que esclavos serían siervos, los llamados gimnetes. Periecos, dice Plutarco, *Moralia*, 245 f.

¹⁶⁹ Se entiende que antes de los siete años, que es cuando los niños espartanos pasaban, arrancados de sus familias, a la educación pública; Marrou, *Histoire de l'éducation*, pp. 52-53.

meses desde el matrimonio al parto¹⁷⁰. El niño nació a los siete meses, porque la esposa del rey, en intento de convencer a éste de la paternidad, dijo que las mujeres dan a luz indiferentemente a los nueve y siete meses de gestación, y que su caso había sido el segundo¹⁷¹. Parece desprenderse del texto herodoteo que era creencia común que el embarazo normal llegaba a los diez meses y que sobre este tiempo se solía hacer el cálculo de la gestación. La tercera referencia es la anécdota de los dos niños pequeños (*παιδία*) apartados de toda conversación y trato por Psamético de Egipto para ver qué palabra era la primera que aprendían a decir por ellos mismos¹⁷². ¿Admitía Heródoto que los niños pueden aprender solos a hablar? Al menos no cuestiona el experimento, lo que podría hacer pensar que acepta la verosimilitud y conducencia.

* * *

Por las páginas anteriores hemos visto al historiador de Halicarnaso prodigando su gama de facetas y de calidades. Lejos de mí pretender que aquí tenemos a todo Heródoto; pero entiendo que no es abusivo afirmar que sí tenemos una muestra cumplida de lo que es Heródoto. Los menores de edad en Grecia y entre los bárbaros; en el mito y en la historia; en lo jurídico, en la guerra, en la vida diaria, en lo fisiológico, en lo moral, en lo tópico. El Heródoto informado o desinformado, crítico o acrítico, moralista o notario indiferente, historiador o etnógrafo. En el recorrido hecho por los nueve libros he podido sacar los datos que anteceden y a través de ellos la impresión de validez de las tres vías informativas que suelen señalar los estudiosos modernos: la memoria de las gentes, los relatos literarios de los predecesores —no necesariamente historiadores, claro— y las genealogías e historias de orígenes, y en tercer lugar las propias observaciones sobre una incansable tarea de investigación y sobre continuos viajes¹⁷⁴. El resultado es una mezcla de elementos genuinos y espurios, que sin embargo refleja perfectamente la mentalidad de un autor griego del siglo V, la de sus lectores y la de la sociedad entera que les enmarcaba. Todo menos la aducida simplicidad; pues, como ha escrito un notable especialista moderno, hemos sido nosotros quienes hemos hecho simple a Heródoto¹⁷⁵. Pero hay más; lo que el historiador halicarnasio pone de sí mismo o evidencia en el tema de lo que es él mismo. Heródoto es, como escribía hace no muchos años un prestigioso helenista español, «un entusiasta de todo aquello en donde germina y sazona lo característicamente humano del hombre»¹⁷⁶; el hombre

¹⁷⁰ Hdt., VI, 63, 2-3. También VI, 65, 4.

¹⁷¹ Hdt., VI, 69, 4-5.

¹⁷² Hdt., II, 2, 1-5.

¹⁷³ Sobre esta tradición, Lloyd, *Herodotus*, p. 92.

¹⁷⁴ Así —eludo la bibliografía específica—, Detienne, *L'invention*, p. 112, y Rodríguez Adrados, «Introducción», p. 53.

¹⁷⁵ Fornara, *Herodotus*, p. 93.

¹⁷⁶ J. S. Lasso de la Vega, «La objetividad del historiador, en Heródoto», *De Safo a Platón*, Barcelona, 1976, pp. 188 y 192.

que es, en expresión de un ensayista francés, «el problema esencial y el gran interés de las *Historias* de Heródoto»¹⁷⁷. Nuestro autor se manifiesta como hombre dotado de una profunda humanidad. Destaca el citado filólogo español que lo propio de Heródoto es el interés por lo humano, no tanto como pura y simple curiosidad, cuanto por «un sentimiento lleno de asombro y ternura por lo maravilloso que es el mundo del hombre»¹⁷⁸. Ternura que, como ya vimos más arriba, parece que se le escapa al historiador alguna que otra vez cuando a menores se refiere. Sentido de la humanidad total; incluso de la humanidad degradada que se revela en el caso de algunos bárbaros¹⁷⁹. Su comprensión no le lleva, ciertamente, a privarse de algunas censuras. Sus censuras no llegan a alcanzar una moral calificable de coherente¹⁸⁰. Aunque fuera verdad lo que Lasso de la Vega niega, el que la historia de nuestro autor sea «un mundo de varones frío y cruel en el cual las mujeres y los infanticos aparecen sólo como masa, cuando se les esclaviza y trucida»¹⁸¹; aunque fuera verdad, que podría no serlo —yo no me atrevo a negarle la razón al gran maestro de helenistas—, Heródoto sería el observador del hombre, el de su tiempo y el del pasado, el griego y el bárbaro; y los *logoi* a ellos referentes estarían en función, tocante a su proporción y presencia, del reconocimiento del peso e importancia de cada grupo, de cada sector, de cada cual, así como del interés para sus lectores del futuro; porque, como el propio prólogo de las *Historias* declara, si el objeto de Heródoto es el hombre, son los curiosos del futuro los beneficiarios de su intencionalidad última.

¹⁷⁷ J. Lacarrière, *Hérodote et la découverte de la terre*, París, 1968, p. 15. Hace ya varios decenios que M. Pohlenz, *Herodot*, Leipzig-Berlin, 1937, p. 83, señaló el primordial interés del halicarnasio por lo humano, incluso en sus propias experiencias directas, viajeras, que le podían haber llevado a consideraciones geográficas y naturalistas.

¹⁷⁸ Lasso de la Vega, «La objetividad del historiador», p. 198.

¹⁷⁹ Lacarrière, *Hérodote*, pp. 16-17. Sobre el filobarbarismo de Heródoto —acusación de Plutarco, *Moralia*, 857 a—, véase la actitud positiva de Lloyd, *Herodotus*, pp. 154-155.

¹⁸⁰ Tiene razón Waters, *Herodotos*, p. 90, al decir que nuestro historiador no es ni notable ni original en cuanto que pensador moral, pero que esto no va en detrimento del manejo que hace del material histórico.

¹⁸¹ Lasso de la Vega, «La objetividad del historiador», pp. 213-214. Romilly, *La douceur*, p. 81, habla de «moments délicieusement humains» en Heródoto.

